

néfco que regale mantas...!" Sus incesantes quejas son, además de lamento, maligna insinuación por si descorazona a alguno de los que escuchan, que se jugaron todo hace algunos años a la carta de la emigración: abandonaron si tenían algo y arrastraron tras de sí a la familia. Nuestro hombreco todavía está probando si le conviene o no le conviene y piensa que le queda la opción de regresar al pueblo dándose las de listo.

Los que llevan ya algún tiempo, no dudan. Lo que verdaderamente les preocupa es ganar dinero y ahorrar para un día volver liberados de la miseria. Metidos en esta esperanza se someten a grandes sacrificios. Estos son la mayoría. Los más jóvenes se dejan ganar fácilmente por la tentación del coche y, antes que nada, suelen comprarse uno grande de segunda mano, un "Simca-Ariane", por ejemplo, para alegría y asombro de los suyos, parientes, amigos y vecinos, durante las vacaciones.

Hay un grupo muy determinado de emigrantes españoles especialmente desdichados.

Son, entendámoslo, los que, con razón o sin razón, se marcharon, dispuestos a no volver. Ante los españoles con los que tropiezan reniegan de España; en cambio, frente a los franceses, que suelen tratar desdeñosamente al emigrante, se les despierta el amor propio hasta el extremo de defender a puñetazos el buen nombre de su país de nacimiento. La situación psicológica de estos emigrantes es penosa y contradictoria.

No se sospeche que son casos políticos. Entre ellos está la muchacha a la que abandonó su novio, después de varios años de relaciones, y no pudo soportar la murmuración de cualquier hispana aldea; está el estudiante rebelde que cogió la manía de hacerse director de cine contra la prudente voluntad de su padre que había soñado siempre que su hijo fuese licenciado en Económicas; está... La lista sería larga y con muchas matizaciones.

Pero "¿qué tienen en Bayona (para estas criaturas) que no tengamos nosotros?", como dice un personaje de "La bella Dorotea", de Miguel Mihura. Y la quiijotesca, la soñadora y pura Dorotea revela la clave en su contestación: "Tienen libertad. No se preocupan los unos de los otros. Viven. Respiran. Se besan. Se aman. Hacen lo que quieren." Este es el sueño que persiguen estos españoles en Francia, en donde, desgraciadamente tampoco suelen convertirlo en realidad.

Cerca de "La Campa" he preguntado en francés a un hombre con sahariana azul, de unos cincuenta años, por "le chemin de Marville", que pienso está por aquellos parajes. Me informa en un francés lleno de rendijas por las que se adivina que mi interlocutor es español. "Usted es español", le digo. Me corta con cierto rencor: "¡Prefiero que me hable en francés!"

Aquel tipo me impresionó. Era un loco que quería renunciar a algo inevitable. Estoy seguro que un día, inesperadamente, se emocionará porque Bahamontes o Julio Jiménez coronan un puerto del "Tour" en cabeza. Como espectador de cualquier comedia ligera francesa, donde el público reír con las torpezas de una chacha española, él experimentará los efectos contrarios a la hilaridad. También puede ocurrir que escriba con carbón en una pared del "Metro" parisense, como he visto, "Viva er Betis, manque pierda"; que es una forma disimulada de decir "Viva España, aunque me fastidie".

Pero, de cualquier forma, al final de la exaltación, la desdicha de estos españoles estará ahí.

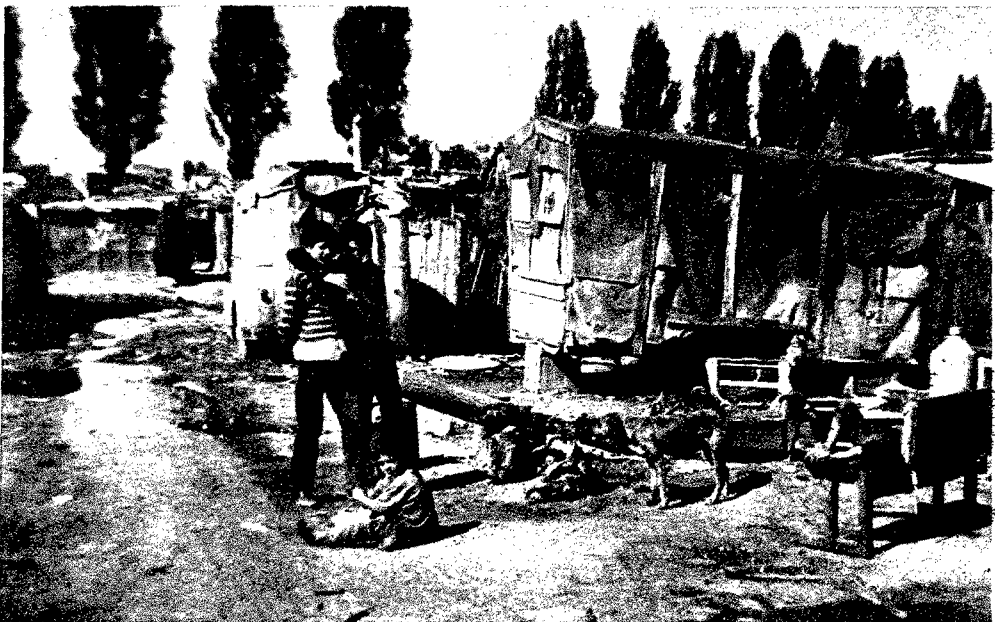
J. L. P. C.



A la intemperie, cobijado por la sombra, duerme un hombre.



Vista parcial de "La Campa".



Unos gitanillos aprovechan para retratarse.